

EL EVANGELIO GLORIOSO



**Charles H.
Spurgeon**

El Púlpito de la Capilla de New Park Street

El Evangelio Glorioso

Nº 184

Sermón predicado el Domingo 21 de Marzo de 1858 por Charles Haddon Spurgeon, en Music Hall, Royal Surrey Gardens.

"Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero" — 1 Timoteo 1:15 (RVA)

Supongo que el mensaje que los siervos de Dios anuncian a la gente siempre debe llamarse "la carga del Señor". Cuando antiguamente los profetas venían de parte del Señor, predicaban tales juicios y amenazas y calamidades que sus rostros reflejaban mucha tristeza y sus corazones pesar. Normalmente comenzaban sus mensajes anunciando: "La carga del Señor, la carga del Señor".

Pero ahora, nuestro mensaje no tiene esa carga. Ni amenazas ni truenos forman parte del tema del ministro del Evangelio. ¡Sólo se habla de misericordia! El amor es la suma y la sustancia de nuestro Evangelio: amor inmerecido, amor hacia el primero de los pecadores.

Sin embargo, todavía es una carga para nosotros. En relación al mensaje de nuestra predicación, sigue siendo nuestro gozo y nuestra delicia predicar esa carga. Pero si otros sintieran lo que yo siento, podrían reconocer que no es fácil predicar el Evangelio. Ahora estoy tremendamente preocupado y tengo el corazón atribulado, no tanto por el tema que voy a predicar, sino por la forma en que he de hacerlo. ¿Qué pasaría si este mensaje, que es tan bueno, fracasara a causa de la incapacidad de su embajador? ¿Qué pasaría si mis lectores rechazaran esta palabra que es digna de toda aceptación debido a que me falta denuedo? Con toda seguridad, con mucha certeza, tal suposición es suficiente para provocar el llanto en los ojos de cualquier hombre.

Dios quiera prevenir en Su misericordia un resultado tan digno de lamentarse. Independientemente de cómo predique ahora, espero que esta Palabra de Dios prevalezca en la conciencia de todo hombre, y que todos aquellos que nunca han encontrado un refugio en Jesús, por esta sencilla predicación de la Palabra, sean persuadidos a venir para comprobar y ver que el Señor es bueno.

El orgullo no permitiría nunca a ningún hombre elegir un texto como éste. Es imposible lucirse con él, pues es muy simple. La naturaleza humana está presta a exclamar: "No podría predicar sobre ese texto. Es demasiado sencillo. No hay ningún misterio en él. No podría mostrar todo mi conocimiento. Es simplemente un anuncio sencillo y de puro sentido común. Preferiría no usarlo ya que rebaja al hombre, no importando cuánto exalte al Señor". Por tanto, no esperen de mí otra cosa que el texto y su más sencilla explicación.

Tendremos dos grandes temas: en primer lugar está el texto. Seguidamente hay una doble recomendación agregada al texto: "Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación".

I. En primer lugar tenemos LA DECLARACIÓN DEL TEXTO, "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores". En esa declaración hay tres cosas muy importantes. Éstas son, el Salvador, el pecador y la salvación.

1. En primer lugar está el Salvador. Cuando se explica la religión cristiana, éste es el punto por donde debemos empezar. La Persona del Salvador es la piedra angular de nuestra esperanza. Sobre esa Persona descansa la eficacia de nuestro Evangelio. Si alguien predicara un Salvador que es un simple hombre, no sería digno de nuestras esperanzas, y la salvación predicada sería inadecuada a nuestras necesidades. Y si otro predicara la salvación por medio de un ángel, vemos que nuestros pecados son tan pesados que una expiación angélica sería insuficiente. Por tanto su evangelio se derrumbaría hasta el suelo.

Quiero repetirlo: sobre la Persona del Salvador descansa toda la salvación. Si no es capaz, si no ha sido facultado para hacer el trabajo,

entonces ciertamente Su trabajo no tiene ningún valor para nosotros y no cumple con su diseño.

Pero, hermanos y hermanas, cuando predicamos el Evangelio, no debemos detenernos ni titubear. Debemos mostrarles hoy un Salvador tal, que ni la tierra ni el Cielo podrían mostrar. Es tan amante, tan grandioso, tan poderoso y tan bien adecuado para todas nuestras necesidades, que es muy evidente que Él fue destinado desde el principio para llenar nuestras más profundas necesidades.

Sabemos que Jesucristo, que vino al mundo para salvar a los pecadores, era Dios. Y que desde mucho tiempo antes de que viniera a este mundo, los ángeles lo adoraban como al Hijo del Altísimo. Cuando les predicamos al Salvador, les decimos que aunque Jesucristo era el Hijo del Hombre, hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne, Él era desde toda la eternidad el Hijo de Dios, y tenía en Él todos los atributos que constituyen la perfecta Divinidad.

¿Qué otro mejor Salvador podría tener cualquier hombre que el propio Dios? ¿Acaso no es capaz de limpiar el alma el que hizo los cielos? Si desde el principio desplegó los cielos como un velo e hizo la tierra para que el hombre pudiera habitar en ella, ¿no es capaz de rescatar al pecador de la destrucción venidera? Cuando decimos que Él es Dios, declaramos a la vez que es omnipotente y que es infinito. Y cuando estos dos atributos unen sus trabajos, ¿qué puede ser imposible para ellos? Cuando Dios decide hacer algo, no puede existir ningún fracaso. Cuando Dios emprende algo, tiene que realizarse. Puesto que Cristo Jesús Hombre era también Cristo Jesús Dios, cuando anunciamos al Salvador, tenemos plena confianza que estamos ofreciéndoles una palabra que es digna de toda aceptación.

El nombre dado a Cristo sugiere algo relacionado con su Persona. Él es llamado en nuestro texto: "Cristo Jesús". Esas dos palabras quieren decir: "el Salvador Ungido". El Salvador Ungido que "vino al mundo para salvar a los pecadores".

Debemos hacer una pausa aquí, y leer nuevamente este texto: Él es el Salvador Ungido. Dios Padre, desde toda la eternidad ungió a Cristo para que ejerciera el oficio de Salvador de los hombres. Por lo tanto, cuando

contemplo a mi Redentor que viene del cielo para redimir al hombre del pecado, veo que no viene sin haber sido enviado o sin una comisión. Él tiene la autoridad de Su Padre que lo respalda en Su trabajo. Por lo tanto, hay dos cosas inmutables sobre las cuales descansa mi alma: está la Persona de Cristo, Divina en Sí misma, y está el ungimiento de lo alto, dándole el sello de una comisión recibida de Jehová, su Padre. ¡Oh pecador!, ¿qué otro mejor Salvador necesitarías que Aquel a quien Dios ha ungido? ¿Qué más podrías requerir si el eterno Hijo de Dios es tu rescate y el ungimiento del Padre es la ratificación del pacto?

Sin embargo, no habríamos descrito completamente la Persona del Redentor mientras no hayamos advertido que Él fue hombre. Leemos que Él vino al mundo, y con esto no nos estamos refiriendo a Sus venidas usuales, puesto que a menudo vino antes al mundo. Leemos en la Escritura: "Descenderé, pues, para ver si han consumado su maldad, según el clamor que ha llegado hasta mí; y si no, lo sabré". De hecho, Él está siempre aquí. Los pasos de Dios han de verse en el santuario, pues son muy visibles tanto en Su Providencia como en la naturaleza. ¿Acaso no visita Dios la tierra cuando monta en la tempestad y viaja sobre las alas del viento?

Pero esta venida fue diferente de todas las otras. Cristo vino al mundo en el sentido de la más perfecta y completa unión con la naturaleza humana. ¡Oh, pecador, cuando predicamos a un Divino Salvador, tal vez el nombre de Dios sea tan terrible para ti, que difícilmente pienses que el Salvador se adapta a ti! Pero escucha de nuevo la vieja historia:

Aunque Cristo era el Hijo de Dios, Él abandonó Su altísimo trono en la gloria y se inclinó hacia el pesebre. Allí está como un niño recién nacido. Míralo crecer desde la niñez hasta la adultez y mira cómo sale al mundo a predicar y sufrir. Míralo gemir bajo el yugo de la opresión. Es humillado y despreciado. Su rostro está más desfigurado que el de cualquier otro hombre, y Su figura más que la de los hijos de los hombres. Míralo en el huerto, cómo suda gotas de sangre. Míralo en casa de Poncio Pilato donde es azotado y sus hombros abiertos sangran por los azotes. Míralo en la cruz sangrienta. Míralo muriendo en una agonía demasiado terrible para poder imaginarla, y mucho menos describirla. ¡Míralo en el sepulcro silente!

Míralo finalmente, rompiendo las ataduras de la muerte, levantarse al tercer día para después subir a los cielos "llevando cautiva la cautividad".

Pecador, ahora tienes al Salvador ante ti, claramente manifestado. El que fue llamado Jesús de Nazaret, que murió en la cruz, que tenía sobre Su cruz un letrero con la inscripción: "Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos", este hombre era el Hijo de Dios, el brillo de la gloria de Su Padre y la imagen expresa de Su Padre, "engendrado por su Padre antes de todos los mundos, engendrado no creado, siendo de la misma sustancia que el Padre". "Existiendo en forma de Dios, él no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y hallándose en condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!"

¡Oh, que pudiera traerlo aquí ante ustedes, que pudiera traerlo aquí para mostrarles Sus manos y Su costado! Si pudieran poner sus dedos en el lugar de los clavos, como Tomás, y meter la mano en Su costado, creo que no serían incrédulos, sino creyentes. Esto sé con seguridad, que si hay algo que pueda hacer creer a los hombres bajo la mano del Santísimo Espíritu de Dios, es el cuadro verdadero de la Persona de Cristo. Ver es creer en Su caso. Una verdadera visión de Cristo, una mirada de forma correcta hacia Él, trae la fe para el alma con toda certeza. Oh, no dudo que si conocieran a nuestro Señor, algunos de ustedes que dudan y temen y tiemblan ahora, dirían: "Oh, yo puedo confiar en Él. Una Persona tan Divina y sin embargo tan humana, ordenada y ungida por Dios, debe ser digna de mi fe. Yo puedo confiar en Él. No, más aún, si tuviera cien almas podría confiar en Él con todas ellas. Oh, si yo tuviera responsabilidad por todos los pecados de la humanidad y yo fuera el depósito y el vertedero de toda la infamia del mundo, incluso en esas condiciones podría confiar en Él, pues un Salvador así es capaz de salvar completamente a los que vienen a Dios por medio de Él". Esta, pues, es la Persona del Salvador.

2. El segundo punto es el pecador. Si nunca hubiéramos escuchado este texto de la Biblia, o alguno parecido, supongo que reinaría un silencio sepulcral en este lugar, cuando comenzara a leerlo por primera vez ante ustedes. "Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación: que Cristo Jesús

vino al mundo para salvar a _____". Sé cómo inclinarían hacia adelante sus cabezas. Serían todo oídos y ojos y se esforzarían al máximo por saber por quién murió el Salvador. Cada corazón preguntaría: "¿a quién vino a salvar?" Y si nunca hubiéramos escuchado el mensaje, ¡cómo palparía nuestro corazón lleno de temor ante la inseguridad de no poder cumplir de ninguna manera con el perfil del carácter descrito!

Oh, cuán agradable es escuchar de nuevo la palabra que describe el carácter de aquellos a los que Cristo vino a salvar, "Él vino al mundo para salvar a los pecadores. Reyes, no hay ninguna distinción especial para ustedes. Príncipes, no los ha seleccionado solamente a ustedes como objeto de Su amor. Los mendigos y los pobres podrán probar también Su Gracia. Ustedes hombres sabios, ustedes maestros de Israel, Cristo no dice que Él vino para salvarlos especialmente a ustedes. El campesino sin educación y analfabeta es igualmente bienvenido por Su Gracia. El judío, con todo y su árbol genealógico de honor, no es más justificado que el gentil. Países desarrollados, con toda su civilización y su libertad, Cristo no dice que Él vino a salvarlos a ustedes, Él no los nombra a ustedes como la clase distinguida que es el objeto de Su amor; no, ni ustedes que están llenos de buenas obras y que se consideran santos entre los hombres, Él tampoco los distingue a ustedes.

El único y simple título, tan grande y tan amplio como la humanidad misma, es sencillamente éste: "Jesucristo vino al mundo para salvar a LOS PECADORES. Ahora, fíjense bien, debemos entender el texto en un sentido general cuando leemos que todos aquellos que Jesús vino a salvar, son pecadores. Pero si alguien preguntara: "¿Puedo concluir por el texto que yo soy salvo?" Debemos entonces hacerle a su vez otra pregunta. Comenzamos con el sentido general: "Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores". Los hombres que Cristo vino a salvar eran por naturaleza pecadores, nada menos ni nada más que pecadores. A menudo he dicho que Cristo vino al mundo para salvar a pecadores conscientes de su pecado. Eso es muy cierto. Él vino para eso. Pero esos pecadores no tenían conciencia de su pecado cuando Él vino para salvarlos. Ellos no eran otra cosa sino "pecadores muertos en sus delitos y pecados" cuando Él vino a ellos.

Es una noción común que debemos predicar que Cristo murió para salvar a los que son llamados pecadores sensibles. Eso es muy cierto. Pero ellos no eran pecadores sensibles cuando Cristo murió para salvarlos. Él los vuelve pecadores sensibles, es decir, que sienten convicción de pecado como un efecto de Su muerte. Aquellos por quienes murió son descritos, -sin ningún adjetivo que disminuya el alcance de la palabra-, como pecadores, como simples pecadores, sin ningún distintivo de mérito o marca de bondad que los pueda distinguir de sus compañeros. ¡PECADORES!

Ahora, el término incluye una muestra de cada tipo de pecadores. Los pecados de algunos hombres son poco visibles. Tienen educación religiosa y poseen también educación moral, por tanto, no se lanzan a las profundidades del pecado. Se contentan con marchar a lo largo de las costas del vicio y se guardan de aventurarse tierra adentro. Ahora bien, Cristo ha muerto por éstos también, ya que muchos de ellos han sido conducidos a conocerlo y a amarlo a Él.

Que nadie piense que debido a que sus pecados son menores, hay menos esperanza para él. ¡Qué extraño es que algunos piensen así! "Si hubiera sido un blasfemo, -dirá alguien-, o hubiera perjudicado a muchos, habría tenido más esperanza. Aunque sé que he pecado grandemente ante mis propios ojos, ante los ojos del mundo me he equivocado poco y por tanto no me siento plenamente incluido".

¡Oh, no digas eso! Dice: "Pecadores". Si te puedes incluir en ese catálogo, ya sea al principio o al fin, no importa dónde, estás incluido. Y la verdad es que aquellos que Jesús vino a salvar eran originalmente pecadores, y puesto que tú también eres uno, no tienes ninguna razón para pensar que estás excluido.

También digo que Cristo murió para salvar a los pecadores culpables de los peores pecados. Sería una vergüenza mencionar las cosas que practican en privado. Han existido hombres que han inventado vicios que ni el demonio mismo conocía hasta que ellos los inventaron. Ha habido hombres de naturaleza tan bestial, que los mismos perros son criaturas más honorables que ellos. Hemos sabido de seres cuyos crímenes han sido más diabólicos y más detestables que cualquier acción atribuida aún al demonio mismo.

Pero mi texto no excluye ni siquiera a éstos. ¿Acaso no hemos conocido a algunos blasfemos que son tan profanos que no pueden pronunciar palabra sin agregar un juramento? Blasfemar, que inicialmente era algo terrible para ellos, se ha convertido ahora en algo tan común que preferirían maldecir antes de decir sus oraciones y jurar antes de cantar alabanzas a Dios. Maldecir se ha convertido en parte de su comida y bebida, una cosa tan natural para ellos que a pesar de lo terriblemente pecaminoso de eso, no se escandalizan y lo hacen muy a menudo.

En cuanto a las Leyes de Dios, se gozan en conocerlas simplemente para transgredirlas. Háblales de un nuevo vicio y se sentirán halagados. Se han vuelto como aquel emperador romano que estaba rodeado de parásitos aduladores que no conocían mejor forma de agradarlo que inventando algún nuevo crimen. Hombres que se han sumergido de cuerpo entero en el lúgubre golfo infernal del pecado. Hombres que, no contentos con ensuciar sus pies caminando en medio del fango, abren la tapa de la trampa que usamos para encerrar a la depravación y se lanzan hasta el lugar donde se reproduce, gozándose en la suciedad de la iniquidad humana. Pero no hay nada en mi texto que pueda excluir incluso a éstos. Muchos de éstos serán lavados por la sangre del Salvador y serán hechos partícipes del amor del Salvador.

Este texto tampoco hace ninguna distinción en cuanto a la edad de los pecadores. Pienso que muchos de mis lectores tienen un color de cabello totalmente opuesto al color de su carácter. Por fuera tienen el cabello blanco, pero por dentro son totalmente negros. Han ido acumulando una capa de crímenes tras otra. Y si ahora escarbáramos a través de los múltiples depósitos de numerosos años, descubriríamos reliquias pétreas de pecados cometidos en la juventud, sumergidas en medio de las profundidades de sus corazones de piedra. Lo que antes era tierno, ahora es seco y duro. Se han adentrado mucho en el pecado. Si se convirtieran ahora, ¿no sería ciertamente una maravilla de la gracia? ¡Cuán difícil es doblegar a un viejo roble! Ahora que ha crecido y se ha endurecido y está rugoso, ¿puede ser cambiada su inclinación? ¿Puede el gran Labrador darle forma? ¿Puede injertar en ese viejo tronco endurecido algo que traiga frutos celestiales?

¡Claro que sí! Él puede, ya que el texto no menciona ninguna edad y muchos de nuestros antepasados han probado el amor de Jesús en sus últimos años. "Pero, dirá alguno, mi pecado ha tenido especiales agravaciones conectadas con él. He pecado yendo en contra de la luz y del conocimiento. He pisoteado las oraciones de una madre. He despreciado las lágrimas de un padre. No he prestado atención a los consejos. En mi lecho de enfermo Dios mismo me ha reprendido. Mis resoluciones han sido frecuentes y frecuentemente se han visto incumplidas. En cuanto a mi culpa, no se puede medir con estándares ordinarios. Mis crímenes pequeños son mayores que las más profundas iniquidades de otros hombres, pues yo he pecado en contra de la luz, en contra de los remordimientos de conciencia y en contra de todo lo que me enseñaba un camino mejor". Pues bien, amigo mío, no veo que tú quedes excluido. Mi texto no hace ninguna distinción, sólo dice: "¡PECADORES!"

Y en lo que se refiere a mi texto, no hay ningún tipo de límite. Debo entender el texto tal como está. Y ni siquiera por ti podría consentir en limitarlo. Dice: "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores". Ha habido algunos hombres salvos que han sido como tú. ¿Por qué pues no podrías ser salvo tú? Dentro de los salvos ha habido tremendos malvados, los más viles rateros y las más corrompidas rameras. Entonces, ¿por qué no tú, incluso si eres tan corrompido como éstos? Ancianos pecadores de cien años de edad han recibido la salvación. Hay casos registrados al respecto. Entonces, ¿por qué no podrías recibirla tú? Si de uno de los ejemplos de Dios podemos inferir una regla y, más aún, si tenemos Su propia Palabra que nos respalda, ¿dónde está el hombre que sea tan arrogante para excluirse él mismo y cerrar la puerta de la misericordia en su propia cara? No, amados hermanos, el texto dice: "PECADORES". ¿Y por qué ese texto no nos podría incluir a ti y a mí en su alcance? "Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores".

Pero como dije antes, y debo regresar al tema, si alguien quiere hacer una aplicación particular del texto a su propio caso, es necesario que lo lea de otra manera. No todo hombre puede concluir que Cristo vino para salvarlo a él. Aquellos a los que Cristo vino a salvar son pecadores. Pero Cristo no salvará a todos los pecadores. Hay algunos pecadores que indudablemente se perderán porque rechazan a Cristo. Lo desprecian. No se

arrepienten. Eligen su propia justicia. No se vuelven a Cristo, no aceptan ni Sus caminos ni Su amor. Para tales pecadores, no hay promesa de misericordia, ya que no existe ningún otro camino de salvación.

Cuando desprecias a Cristo desprecias tu propia misericordia. Si te alejas de Él, habrías demostrado que Su sangre no es eficaz para ti. Desprécialo, y cuando lo desprecies, entonces muérete sin entregar tu alma en Sus manos y habrías dado muestras terribles de que aunque la sangre de Cristo es todopoderosa, nunca te fue aplicada a ti, nunca fue rociada en tu corazón para quitar tus pecados.

Si quiero saber si Cristo murió por mí de tal manera que ahora pueda creer en Él y sentir mi salvación, debo responder a esta pregunta: ¿siento hoy que soy un pecador? ¿No lo digo simplemente por quedar bien, sino que lo siento realmente? En lo más profundo de mi alma, ¿es esa una verdad de Dios grabada con fuego en letras mayúsculas: YO SOY UN PECADOR? Entonces, si es así, Cristo murió por mí. Estoy incluido en Su propósito especial. El Pacto de la Gracia incluye mi nombre en el viejo libro de la elección eterna.

Allí está incluida mi persona. Sin duda alguna seré salvo, si sintiéndome ahora un pecador, me arrojo sobre esa sencilla Verdad de Dios, y creo y confío en ella como mi ancla en los tiempos de tormenta.

Díganme, hermanos y hermanas, ¿no están preparados a confiar en Él? ¿Acaso no hay entre ustedes algunos capaces de decir que se reconocen pecadores?

¡Oh! Te suplico, quienquiera que seas, que creas en esta gran Verdad de Dios que es digna de toda aceptación: Cristo Jesús vino para salvarte. Conozco tus dudas. Conozco tus temores, puesto que yo mismo los he tenido. Y el único camino por el cual puedo mantener vivas mis esperanzas es simplemente éste: cada día soy traído a la Cruz. Creo que hasta mi lecho de muerte no tendré otra esperanza sino ésta:

Nada en mis manos llevo Simplemente a Tu Cruz me apego.

Y la única razón por la que creo en este momento que Jesucristo es mi Redentor es simplemente esta: yo sé que soy un pecador. Lo siento y me duele. Y a pesar de que lo lamento mucho, cuando Satanás me dice que no puedo ser del Señor, saco de mi misma lamentación la conclusión confortable que puesto que Él me ha hecho sentir que estoy perdido, no lo habría hecho a menos que tenga la intención de salvarme. Y puesto que me ha permitido ver que pertenezco a esa grandiosa clase de personas que Él vino a salvar, deduzco de ello, más allá de toda duda, que Él me salvará.

¡Oh!, ¿pueden hacer ustedes lo mismo? ¿Ustedes almas que están golpeadas por el pecado, cansadas, tristes y desilusionadas, y para quienes el mundo se ha convertido en una cosa vana? Ustedes, espíritus cansados, que han tenido su ronda de placer y ahora están exhaustos por el aburrimiento o incluso por la enfermedad y desean verse liberados, ¿pueden hacer lo mismo?

¡Oh!, ustedes, espíritus, que están buscando algo mejor de lo que puede ofrecerles este mundo loco, yo les predico el bendito Evangelio del bendito Dios-Jesucristo el Hijo de Dios, nacido de la Virgen María, que padeció bajo Poncio Pilato, que fue crucificado, muerto y sepultado y que fue levantado de nuevo el tercer día para salvarlos a ustedes, sí, a ustedes, pues Él vino al mundo para salvar a los pecadores.

3. Y ahora, muy brevemente, el tercer punto. ¿Qué quiere decir salvar a los pecadores? "Cristo vino para salvar a los pecadores". Hermanos, si necesitan un cuadro que les muestre lo que significa ser salvados, déjenme presentarles uno:

Hay un pobre infeliz que ha vivido durante muchos años en el más horrendo pecado. Se ha hecho tan indiferente al pecado que sería más fácil cambiar el color de su piel, que él aprendiera a hacer el bien. La borrachera y el vicio y la locura han arrojado su red de hierro sobre él y se ha convertido en alguien detestable pero incapaz de salir de esa condición. ¿Puedes verlo? Se tambalea precipitadamente hacia su ruina. Desde su niñez hasta su juventud, y desde su juventud hasta su adultez ha pecado sin freno y ahora se encamina hacia sus últimos días. La fosa del Infierno ya está iluminando su camino y sus terribles rayos casi tocan su rostro, pero él todavía no se da cuenta. Continúa en su impiedad, despreciando a Dios y

odiando su propia salvación. Dejémoslo allí. Han pasado algunos años y ahora escuchen otra historia.

¿Pueden ver a aquel espíritu que se destaca entre la multitud, cantando de manera muy dulce sus alabanzas a Dios? ¿Advierten que está vestido de blanco, un símbolo de su pureza? ¿Lo ven cuando lanza su corona a los pies de Jesús y le reconoce como Señor de todo? ¡Escúchenlo! ¿Lo oyen cantar la melodía más dulce que se ha escuchado en el Paraíso? Pongan atención, el himno es este:

Yo, el primero de los pecadores soy, Mas Jesús por mí
murió.

"Al que nos ama y nos libró de nuestros pecados con su sangre, a él sea la gloria y el dominio para siempre jamás". ¿Y quién es el que así compite con las melodías de los serafines? El mismo hombre que un poco antes era terriblemente depravado, ¡exactamente el mismo hombre! Pero fue lavado, fue santificado, fue justificado.

Si me preguntaran, entonces, lo que quiere decir salvación, les responderé que abarca todo el trayecto entre ese pobre hombre desesperadamente caído que vimos inicialmente, y el espíritu elevado a las alturas, ocupado en alabar a Dios, que vimos al final. Eso es lo que significa ser salvo: que nuestros viejos pensamientos sean renovados, que nuestros viejos hábitos y costumbres sean renovados. Que nuestros viejos pecados sean perdonados y que recibamos una justicia que no es nuestra. Tener paz en nuestra conciencia, paz con el hombre y paz con Dios. Tener el vestido sin mancha de una justicia que no es nuestra sobre nuestro cuerpo y ser sanados y lavados.

Ser salvos es ser rescatados del golfo de la perdición. Es ser levantados al Trono del Cielo. Ser librados de la ira y de la maldición y de los truenos de un Dios airado, y ser llevados a sentir y probar el amor, la aprobación y el aplauso de Jehová, nuestro Padre y nuestro Amigo. Y Cristo da a los pecadores todo esto.

Cuando predico este sencillo Evangelio, no tengo nada que ver con aquellos que no se consideren pecadores. No tengo nada que ver con

aquellos que deben ser canonizados, ni con los que reclaman una santa perfección obtenida por medio de ellos mismos. Mi Evangelio es para los pecadores y sólo para los pecadores. Y la totalidad de esta salvación, tan amplia y brillante e indeciblemente preciosa y eternamente segura, está dirigida hoy a los marginados, a los desechados, en una palabra, está dirigida a los pecadores.

Creo haber declarado la verdad del texto. Ciertamente, nadie puede malentenderme a menos que lo haga intencionalmente. "Cristo Jesús vino para salvar a los pecadores".

II. Y ahora, aunque mi tarea llega a su fin, me queda por delante la parte más difícil: LA DOBLE RECOMENDACIÓN del texto. Primero, "Fiel es esta palabra", que es una recomendación para el que duda. En segundo lugar, "y digna de toda aceptación." Esa es una recomendación para el indiferente y también para el ansioso.

1. Primero, "Fiel es esta palabra". Este texto se recomienda para el que duda. Oh, el diablo, tan pronto detecta que hay hombres bajo el sonido de la Palabra de Dios, se desliza por la multitud y susurra en el corazón de uno: "¡No lo creas!", y en el de otro: "¡Ríete de eso!", y en el de otro: "¡No aceptes eso!" Y cuando se topa con una persona a quien va dirigido el mensaje, alguien que se siente pecador, entonces el diablo redobla sus esfuerzos para que no crea en absoluto el mensaje.

Sé lo que Satanás te dijo a ti, mi pobre amigo, allá. Dijo: "No lo creas. Es demasiado bueno para ser cierto". Déjenme responderle al diablo con las propias palabras de Dios: "Fiel es esta palabra". Es buena y es tan verdadera como buena. Es demasiado buena para ser realidad si Dios mismo no la hubiera dicho. Pero, puesto que Él la dijo, no es demasiado buena para no ser realidad.

Te diré por qué piensas que es demasiado buena para ser cierto: es porque tú pesas el grano de Dios con tu propia balanza. Por favor recuerda que tus caminos no son Sus caminos, ni Sus pensamientos son tus pensamientos. Como son más altos los cielos que la tierra, así son Sus caminos más altos que vuestros caminos y Sus pensamientos más altos que vuestros pensamientos.

Pues bien, tú piensas que si algún hombre te ofende, no podrías perdonarlo. Sí, pero Dios no es un hombre. Él puede perdonar donde tú no puedes perdonar. Y en esas situaciones donde tú agarrarías a tu hermano por el cuello, Dios lo perdona setenta veces siete. No conoces a Jesús, de otra manera creerías en Él.

Creemos honrar a Dios cuando pensamos graves cosas de nuestros pecados. Recordemos que mientras debemos pensar grandemente en nuestros pecados, no le damos la honra a Dios si pensamos que nuestro pecado es más grande que Su gracia. La gracia de Dios es infinitamente más grande que nuestros mayores crímenes. Sólo hay una excepción que Él ha establecido y un penitente no está incluido en esa excepción.

Les suplico por tanto, que tengan una mejor opinión de Él. Piensen cuán bueno es Él y cuán grandioso es. Y cuando sepan que éste es un dicho verdadero, espero que lancen a Satanás muy lejos de ustedes y no piensen que esto es demasiado bueno para ser verdadero. Sé lo que él va a decirles a continuación: "Bien, si esto es cierto, no lo es para ti. Es cierto para el mundo entero, pero no para ti. Cristo murió para salvar a los pecadores. Es cierto que tú eres un pecador, pero tú no estás incluido aquí".

Dile al diablo en su cara que es un mentiroso. No hay otra forma de responderle que usando un lenguaje directo. Nosotros no creemos en la individualidad de la existencia del demonio, como creía Martín Lutero. Cuando el demonio venía a él, lo trataba de la misma manera que a otros impostores; lo lanzaba fuera con frases duras. Díganle por la autoridad del mismo Cristo que es un mentiroso. Cristo dice que Él vino para salvar a los pecadores. El diablo dice que no es así. Virtualmente él dice que no es así, puesto que declara que Él no vino para salvarte a ti y tú sientes que eres un pecador. Dile que es un mentiroso y mándalo a volar.

De todas maneras no compares nunca el testimonio de Satanás con el de Cristo. Cristo te mira hoy desde la Cruz del Calvario con los mismos amantes ojos llenos de lágrimas que una vez lloraron viendo a Jerusalén. Te mira, hermano mío, hermana mía, y dice a través de estos labios míos: "Yo vine al mundo para salvar a los pecadores". ¡Pecador! ¿No vas a creer en Él y confiar tu alma en Sus manos? ¿No vas a decir: "Dulce Señor Jesús, Tú serás nuestra confianza a partir de ahora? Por Ti, renuncio a todas las otras

esperanzas, Tú eres, Tú siempre serás mío". Ven, tímido amigo, voy a tratar de darte ánimo, repitiendo nuevamente el texto: "Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores". Te exhorto por tu honestidad, que puesto que afirmas creer en la Biblia, que creas en esto. Allí está. ¿Crees en Jesucristo? Por favor, respóndeme. ¿Crees que miente?

El Dios de la Verdad ¿se inclinaría a mentir? "No" dices tú, "todo lo que Dios diga, lo creo". Pues es Dios quien te lo dice, en Su propio Libro. Él murió para salvar a los pecadores. Veamos, otra vez, ¿no crees en los hechos? ¿No se levantó Jesucristo de su sepulcro? ¿No demuestra eso que Su Evangelio es auténtico? Y si el Evangelio es auténtico, todo lo que Cristo declara que es el Evangelio debe de ser verdadero.

Te exhorto, puesto que crees en Su resurrección, a que creas que Él murió por los pecadores y a que abrasces esta verdad. Además, ¿quieres negar el testimonio de todos los santos en el cielo y de todos los santos en la tierra? Pregunta a cada uno de ellos y te dirán que esto es verdad: Él murió para salvar a los pecadores. Yo, como uno de los más humildes de sus siervos, doy mi testimonio.

Les digo que cuando Jesús vino para salvarme, no encontró nada bueno en mí. Sé con toda certeza que no había nada en mí que pudiera recomendarme ante Cristo. Y si me amó, me amó porque así lo quiso, porque no había nada en mí para que me amara, nada que Él pudiera desear en mí. Lo que yo soy, lo soy por Su gracia. Por Él soy lo que soy. Pero al principio me encontró como un pecador y la única razón de su elección fue Su soberano amor. Pregunta a todo el pueblo de Dios y todos te dirán lo mismo.

Pero tú dices que eres un terrible pecador. Pues no eres más pecador que algunos de los que ya están en el Cielo. Dices que eres el más grande pecador que jamás haya existido. Yo digo que estás equivocado. El más grande de los pecadores murió hace años y se fue al cielo. Mi texto así lo dice: "De los cuales yo soy el primero". Entonces puedes ver que el más grande de los pecadores fue salvado antes que tú. Y si el primero de los pecadores ha sido salvado ¿por qué no serías salvado tú también?

Los pecadores están formados en una fila y veo que uno sale de la fila y dice: "Abran paso, abran paso. Yo voy a la cabeza, yo soy el primero de los pecadores. Denme el lugar más humilde. Déjenme tomar el lugar de menor jerarquía. "No", -grita otro- "tú no. Yo soy un mayor pecador que tú". Entonces viene el Apóstol Pablo y dice: "Reto a ustedes, Manasés y Magdalena, yo los reto a ustedes. Yo tendré el lugar más humilde. Yo fui un blasfemo, un perseguidor y alguien que hizo mucho daño, pero he obtenido misericordia, para que Cristo Jesús mostrase en mí, el primero, toda su clemencia".

Entonces, si Cristo ha salvado al peor de los pecadores que haya existido, oh, pecador, no importa cuán pecador seas, no puedes ser más pecador que el primero y Él tiene la capacidad de salvarte. Oh, te suplico, por los miles y miles de testigos alrededor del Trono y por los miles de testigos en la tierra, por Jesucristo, el Testigo en el Calvario, por la sangre derramada que testifica aún ahora, por Dios mismo y por su Palabra que es fiel, te imploro que creas en esta palabra fiel, que "Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores".

2. Y ahora vamos a concluir. En segundo lugar, este texto se recomienda para los indiferentes y también para los preocupados. Este texto es digno de toda aceptación por parte de la persona indiferente. Oh, hombre, tú lo desprecias. Observé cómo torcías tus labios en son de burla. La historia fue dicha de manera deficiente y tú te burlaste de ella. Dijiste en tu corazón: "¿Y a mí qué? Si esto es lo que predica este hombre, no me interesa escucharlo. Si éste es el Evangelio, no es nada".

Ah, amigo mío, es algo, aunque no lo sepas. Es digno de tu aceptación, - el tema que he predicado, sin importar la pobreza de mi predicación-, es sumamente digno de atención. No me importa lo que el mejor orador pueda decirte, nunca tendrá un tema mejor que el mío. Si el propio Demóstenes o Cicerón estuvieran aquí, no podrían nunca tener un mejor tema.

Aunque un niño te presentara este tema, sería digno de tu atención, pues es sumamente importante. Amigo, no es tu casa la que está en peligro; no es únicamente tu cuerpo; es tu alma. Te suplico, por la eternidad, por sus tremendos terrores, por los horrores del Infierno, por esa terrible palabra, "Eternidad-Eternidad", te suplico como hombre, como tu hermano, como

alguien que te ama y que desea librarte del horno, te suplico que no desprecies tus propias misericordias. Porque esto es digno de ti, amigo, digno de toda tu atención y digno de tu aceptación sin límites. ¿Eres sabio? Esto es más digno que tu sabiduría. ¿Eres rico? Esto es más digno que toda tu riqueza. ¿Eres famoso? Esto es más digno que todo tu honor. ¿Eres de noble linaje? Esto es más digno que todo tu árbol genealógico, que toda tu apreciable herencia. Lo que predico es el tema más digno bajo el Cielo porque durará cuando todas las demás cosas desaparezcan. Estará a tu lado cuando tengas que estar solo. A la hora de la muerte, abogará a tu favor cuando tengas que responder al llamado de la justicia en el tribunal de Dios. Y será tu eterna consolación a través de las edades sin fin. Es digno de tu aceptación.

¿Te sientes preocupado? ¿Está triste tu corazón? Dices: "Deseo ser salvo. ¿Puedo confiar en este Evangelio? ¿Es lo suficientemente fuerte para cargarme? Yo soy un gigantesco pecador, ¿no se derrumbarán sus pilares cual hojas bajo el peso de mi pecado? Soy el primero de los pecadores. ¿Serán sus portales lo suficientemente amplios para recibirme? Mi espíritu está enfermo por el pecado, ¿puede curarme esta medicina? Sí, el Evangelio es digno de ti, es igual a tu enfermedad, es igual a tus necesidades, es completamente suficiente para tus demandas. Si tuviera un medio-evangelio que predicar, o un evangelio defectuoso, no lo predicaría con ardor. Pero tengo uno que es digno de toda aceptación.

"Pero, señor, he sido un ladrón, he frecuentado prostitutas, he sido un borracho". Es digno de ti, pues Él vino para salvar a los pecadores y tú eres uno. "Pero, señor, he sido un blasfemo". No te excluye ni siquiera a ti. Es digno de tu aceptación. Pero observa bien, es digno de toda la aceptación que tú puedas darle. No solamente debes aceptarlo con la mente, tienes que aceptarlo en tu corazón. Debes abrazarlo con toda tu alma y llamarlo tu todo en todo. Debes alimentarte de él y vivir de él. Y si vives para él y sufres por él y mueres por él, es digno de todo eso.

Ahora debo concluir. Pero mi espíritu siente que quisiera quedarse aquí. Es muy extraño que muchos hombres no se preocupen por sus almas, cuando este servidor, hoy, está muy preocupado por ustedes. ¿Qué me debería importar que los hombres se perdieran o se salvaran? ¿Me serviría

de algo la salvación de ustedes? Definitivamente no tengo ninguna ganancia en ello. ¡Y sin embargo siento más por ustedes, por muchos de ustedes, de lo que ustedes sienten por ustedes mismos!

Oh, qué extraño endurecimiento del corazón es revelado en el hecho que un hombre no se preocupe de su propia salvación; que sin mediar ningún pensamiento, rechace la más preciosa Verdad de Dios. Detente, pecador, detente, antes de que te alejes de tu propia misericordia. Detente, una vez más, porque tal vez éste sea uno de tus últimos avisos, o peor aún, tal vez sea el último aviso que vayas a sentir jamás. Ahora lo sientes. Oh, te suplico que no apagues el Espíritu. Cuando termines de leer este sermón no regreses a tus vanas preocupaciones. No olvides qué tipo de hombre eres.

Busca un lugar tranquilo, entra en tu aposento, cierra la puerta. Arrójate al suelo junto a tu cama y ¡confiesa tu pecado! Clama a Jesús, dile que eres un hombre degradado y en la ruina, sin Su Gracia Soberana; dile que has leído hoy que Él vino para salvar a los pecadores y que el pensamiento de un amor como ese te ha llevado a deponer las armas de tu rebelión. Dile que deseas de todo corazón ser Suyo. Allí, con tu rostro contra el suelo, suplícale y dile: "¡Señor, sálvame, que perezco!"

El Señor los bendiga a todos por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

